



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

NÚM 1088

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 23 DE ENERO DE 1886

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreste, rue Caumarlin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## Recolección

Presas para vinos, moderno sistema.—Bombas Neel y otros sistemas para riego.—Azufradores, olandores y demás enseres necesarios al vinicultor.—Desgranadoras de panizo (6 fanegas por hora).—Embudos automáticos.—Tijeras para vendimiar, poda, etc.—Arados de vertedera.—Espino artificial.—Palos, azadas, legones, todo acero.—Carretillos y wagnetas.

## INSTALACION DE RIEGOS

Pérez Larbo.—Plaza de Castellini, 12

## Un caso de cólera

No hay en toda la aldea, ni en sus contornos, un muchacho más fino, más delicado, ni más rubio que Juanito, el único hijo del maestro de escuela. Tiene diez y seis años solamente, y ya todas las mozas del lugar se vuelven para mirarlo de soslayo, después de haber fingido no verle pasar.

Pero la que con más ternura mira es Rosa, el ama de la Granja Verde, que es una jamona muy bien conservada, melida en carnes, zalamera y ligerita de cascos, á quien nadie echaba más de ena- renta primavera, si el Vicario de la Parroquia no afirmase que resultan cincuenta de su fe de bautismo.

Vive lejos de la Escuela, pero no pasa día sin que halle medio de encontrarse en camino ó verele con Juanito. Hace un mes que acaricia un proyecto para cuya ejecución hace falta el concurso activo del muchacho. Resuelta á ponerlo en planta y considerando oportuno el momento, le dice á su amiguitó:



—Tienes que hacerme un favor. El chico se pone muy colorado.  
—He descubierto en la Granja—continúa diciendo la jamona—en el fondo de una arca vieja, unos pergaminos cuyo contenido quisiera saber. Mi marido apenas descifra las letras de imprenta y á mí el negro me estorba. Cuento contigo para que me leas esas anti-guallas.

Juanito, muy turbado, accedió al ruego de Rosa.

Aquel mismo día comenzó el exámen de los pergaminos: actas y escrituras de los siglos XIII y XIV, de cuyo texto no sacaba gran cosa en limpio el hijo del maestro de escuela, y mucho menos la dueña de la casa. Como había muchos manuscritos que descifrar, las sesiones fueron largas y frecuentes, y el chico tomó extraordinaria

afición al trabajo, no se sabe si por el trabajo mismo ó por los intermedios con que le obsequiaba la amabilísima jamona.

Los lugareños, que siempre creen adivinar algo pecaminoso en los actos más inocentes, no tardaron en murmurar; y aunque Mateo, el esposo de Rosa, era tan confiado que nunca atribuyó malicia á la creciente afición de su mujer á descifrar viejas escrituras, oyó tales insinuaciones y reticencias de boca de sus vecinos, que resolvió vigilar á los dos examinadores de pergaminos.

Pero el muchacho, que pronto tuvo de malicioso lo que le faltaba de valiente, era la prudencia personificada. Sabía que si Mateo llegaba á sorprenderlo con su esposa durante uno de los intermedios con que amenizaban sus largas sesiones de lectura, le dejaría en el sitio. Por esto no se consideraba seguro en sus íntimos coloquios con Rosa, sino cuando el marido se hallaba lejos de la Granja. Sin embargo, se fue familiarizando poco á poco con el peligro y empezó á cometer imprudencias. Hacía cuatro ó cinco meses que las sesiones duraban sin ningún percance, cuando el exceso de confianza les perdió.

Una tarde, en que sin duda Juanito se había indispuerto repentinamente, Rosa lo arropó en su cama, y se disponía á hacerle entrar en calor, cuando oyó pasos al pie de la ventana. Asomóse y vió á su marido que volvía inopinadamente de la población, para donde había partido momentos antes

—Estamos perdidos,—dijo ella.—De esta nos mata.

Pero una mujer de su fuste y de sus años no pierde la serenidad por mucho tiempo. El peligro era íntimo, porque Mateo subía ya la escalera. ¿Cómo salir del lance? Rosa tuvo una idea genial.

—Nada temas—dijo á Juanito, que le miraba como un azogado.—Fingete enfermo; gime como si te estuvieses muriendo, y déjame obrar.

Esto diciendo, descolgó una gruesa jeringa que durante cuatro ó cinco generaciones había aliviado á la familia en graves apuros. Hizo colocar boca abajo al mancebo y se puso en actitud de administrarle una lavativa.

Durante la operación, le decía en voz baja:

—¡Llorra, grita, revuélvete como un condenado!

Hay que advertir que no había ningún líquido en el instrumento. Sin embargo, Rosa maniobraba con mucha seriedad y con mucho vigor, cuando entró en el cuarto su marido.

—¿Qué pasa?—preguntó sorprendido por tan extraña escena.

La comadre contestó sin inmutarse:

—Han acometido al pobre muchacho unos dolores de vientre tan atroces, que parece que se muere. Miralo. ¡Pobrecito! Si de esta escapa...

—¡Diablos!—exclamó el hombre.—Está verde como un colérico.

No era extraño que el chico se hubiera puesto verde, y amarillo, y de todos los colores. No estaba preparado para tamaña aventura, y sudaba, y castañecía los dientes, y se apretaba la barriga, porque el miedo le había producido positivamente unos grandes retortijones de tripas. Por tanto, desempeñaba su papel de enfermo con admirable naturalidad.

—¡Dios mío, yo muero!—gritaba el infeliz.

—¡Caramba!—observó Mateo.—¡Si será un caso de cólera!

—¡Eso no—dijo la mujer.—He oído decir que la epidemia se ha declarado no muy lejos de aquí. Si el muchacho está atacado, que apeste su casa y no la mía. Voy á avisar á sus padres para que se lo lleven antes de que muera.

—La caridad nos ordena cuidar.

—La caridad bien ordenada empieza por uno mismo.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Me muero!—gritaba el chico, que empezaba á creerse realmente atacado del cólera.

—Voy corriendo—añadió el marido.—Y tú sé prudente; no te arrimes mucho al enfermo. Rocía la cama y todo el cuarto con vinagre...

—Y con agua bendita,—dijo Rosa volviendo la cabeza para reír.

—Tienes razón, mujer. Una enfermedad así no es natural; pero á mí se me figura que es el cólera.

Y Mateo, á quien el miedo al contagio prestó alas, voló á casa del maestro de escuela, anunciando de paso á todos los vecinos que le preguntaban si había novedad.

—¡El hijo del maestro de escuela se muere del cólera en mi casa! La alarma cundió rápidamente por toda la aldea.

Los padres de Juanito, medio muertos del susto, fueron en busca del maestro barbero y se lo llevaron á la Granja.

Este, por falta de médico, ejercía de cirujano, y estaba tan celoso de su profesión, que fulminaba rayos y truenos contra todo el que se atrevía á poner unas sanguijuelas ó una cataplasma á un paciente.

Al enterarse de la lavativa administrada por Rosa, se puso colérico de verdad y no vaciló en atribuir al medicamento la agravación del caso.

—¡Esa mujer lo ha envenenado!—dijo examinando y pulsando al enfermo.

—¡Pero si no le ha hecho tomar nada!—objetó Mateo que tenía ver comprometida á su mujer.

—Te parece moco de pavo lo que le habrá metido en el cuerpo con este chisme!—exclamó el practicante cogiendo la jeringa que Rosa había colocado adrede en sitio visible sobre una cómoda.

—¡Ay! Déle usted pronto el contraveneno!—dijo llorando la madre.

—Hay que ver antes la substancia tóxica,—repuso el maestro barbero, que hablaba siempre con petulancia.

—¡A ver!—exclamó el maestro de escuela, apresurándose á desarmar el aparato que tomó de manos del físico.

Causóle no poca sorpresa lo dificultoso de sacar la tapa, que con la humedad se había oxidado por falta de uso; y su sorpresa se convirtió en estupefacción al descubrir en el interior de la jeringa señales evidentes de que hacía tiempo que no había servido.

Todos los personajes de esta escena se quedaron mudos de confusión ó de asombro, pues de golpe fueron descubiertas la supercheria de Rosa, la complicidad de Juanito, la mala fé del maestro barbero y la imbecilidad del marido bur-lado.

Este se abalanzó contra el fingido enfermo, que hubiera salido maltrecho de sus manos, si olvidándose de sus retortijones de tripas no hubiera saltado de la cama, apelando bruscamente á la huida. Y puso tal precipitación en ponerse en salvo, que caí derribó en la puerta al pobre cura que llegaba á toda prisa con la Extremaunción.

JUAN B. ENSENAT.

## ¿NADA?

«Aquí no ha pasado nada...» Así titula ayer su primer fondo un periódico político.

¡Que no ha pasado nada! Pues si no pasado nada para lo que pasa ¿qué pasaría si pasara algo? El colega debe ser muy aficionado á las emociones demerásadas fuertes, cuando estas que hemos sentido estos días le han parecido poca cosa, menos aún: nada.

Un ministro deja el gabinete, por que no está conforme con la dirección de la guerra; en tanto que sus compañeros se quedan porque se sienten satisfechos.

La opinión murmura y si bien no se pone de acuerdo con el ministro dimite, porque no se trata solo de la guerra, tampoco está conforme con la campaña, mejor dicho, con el resultado de la misma.

En este caso, la señora opinión, tan respetable ahora y tan atrevida, se queda con un palmo de barba.

Pero se agita la opinión en Cuba; muestran su descontento dos partidos, y el general Martínez Campos, contra cuyos procedimientos se movió la opinión de España, es relevado del mando que tenía, sin que un solo ministro se ponga en contra del relevo.

¿Tiene ó no tiene el general en jefe la confianza del gobierno?

En eso están ahora los periódicos ministeriales y los de oposición; pero no nos figura que no se van á poner de acuerdo. Anda de por medio la política y sabido es que en aras de ella se sacrifica todo.

Esto que ha pasado se le antoja al colega que no es nada.

¡Y si fuera eso solo...!

Pero hay más, mucho más. Hay una intriga tras de cuyo descubrimiento van los liberales, intriga fraguada aquí y desarrollada en Cuba, en cuyo tejido dice se ha sido enredado el general en jefe del ejército de operaciones. Se supone que alguien ha movido los hilos, fomentando el descontento de los partidos cubanos, para que en tiempo breve cambiarán de postura, separándose del general y poniéndose en frente del mismo.

Y también están en eso los periódicos, acusándose mutuamente los ministeriales y los de oposición.

La polémica está enrepuñada de firme; pero es posible que no quede demostrada la existencia de la intriga, si la hay.

Lo que sí es una verdad como un templo, es que esta opinión pública, tan considerada hoy, ha sido entristecida cuando los partidos de Cuba han pedido el relevo de Martínez Campos.

Y esto es lo mismo que si no se le hubiese atendido.

A todo esto que pasa, que no es poco, se llama nada un periódico.

Cuenta le tendrá.

## A LA GLORIA

Hice un viaje á la Gloria sin saber en qué, ni cuándo, y si me es fiel la memoria, voy á contaros la historia de lo que allí vi, sonando.

Cuanto, cuánto pendiente preguntando á su conciencia. ¡Qué inmensa turba de gente aguardando allí impaciente le concediesen audiencia!

En medio de aquel gran ruido tan grande, tan infernal, presta atención nuestro oído de una trompeta al ruido, que anuncia el inicio final.

y todos, con gran premura nos vamos hacia la puerta; recibiendo en el umbral y al punto aparece abierta.

Apoyado sobre el codo,